

B R O

EMMA LUCÍA ARDILA

Compró la planta que le recomendaron para adornar la mesita de luz de la biblioteca. Para ella era importante; allí transcurría la mayor parte del tiempo.

—Una bromelia es lo adecuado, no exige mucha atención y es perfecta para interiores le —dijeron.

Le pareció hermosa; las hojas del centro semejaban una flor y era verde y roja a un tiempo. La puso en el sitio previsto y recorrió con la mirada los anaqueles. La armonía del conjunto la satisfizo.

Vivía sola, sola y complacida con su soledad. Cuando necesitaba pensar, cuando el cansancio le impedía seguir trabajando, se levantaba de la silla, estiraba las piernas y contemplaba la planta, atraída por sus colores que pasaban del verde al rojo de forma casi imperceptible y por los minúsculos dientecillos que bordeaban las hojas.

Y en las mañanas, cuando abría las puertas de madera que daban paso a su estudio, un efluvio suave la envolvía. Ignoraba que las bromelias tuvieran algún perfume, pero se felicitó por aquel excedente a su satisfacción y esmeró los cuidados con la planta. Incluso, contra su costumbre, empezó a subir la cortina durante un rato en las mañanas, para que el vegetal recibiera un poco de luz y conservara su tinte granate. Siempre llenaba el cono rojo del centro de la flor con el agua suficiente para varios días. La planta, al parecer, lo agradecía, porque su aspecto era cada vez más fuerte y las hojas brillaban con los rayos de sol que la iluminaban durante las primeras horas.

Los brotes nuevos, que al cabo de varios meses de cuidados continuos aparecieron, la llenaron de entusiasmo; sacó del cajón una lupa que usaba para observar a los insectos y descubrió que las hojas más jóvenes mostraban en su nervadura un tejido de filigrana

M E L L I A

asombroso. Acercó el rostro para detallarlas, eran de un color verde más claro, casi transparente. No satisfecha todavía con esta observación, se inclinó aún más para observar el envés de las hojas: estaban recorridas a todo lo largo por diminutas pelusas: —No sabía que a la bromelia le salieran pelitos —pensó sorprendida—.

Quería tocar aquellas minúsculas espinas de las hojas nuevas. Sin embargo, esta intromisión le costó un pinchazo, aunque mínimo. La púa era tan pequeña que no podía verse a simple vista, pero la sentía. Y ni con la lupa logró sacársela. Continuó rascándose distraídamente mientras leía, tratando de sacársela. Y en la noche, nuevamente con la lente y ayudada por unas pinzas de depilar, siguió infructuosa con el intento.

En la mañana la despertó un latido insistente en la mano; la tenía irreconocible: hinchada, enrojecida y caliente. El dolor era continuo. Recordó una de esas historias que la asustaban de niña: cualquier espina que se enterrara en el cuerpo podía viajar por la sangre y luego se instalaba en el corazón. Sintió miedo. Es irracional, se dijo, riendo de sí misma. Hurgó nuevamente por toda la superficie del dedo, con cuidado, detallando cada parte de su piel, en busca de la espina y esta vez tuvo la convicción de haberla extraído; se tomó una aspirina, se lavó a conciencia y se aplicó desinfectante. Al bajar al estudio, abrió como de costumbre la ventana y se sorprendió al ver el tamaño que iban adquiriendo las hojas nuevas; sin embargo, notó que la planta necesitaba agua; —apenas ayer la regué y lo normal es que baste con dos veces a la semana —pensó extrañada.

Le habían asegurado que los cuidados requeridos por la planta eran mínimos, pero, a medida que crecía, esta se iba volviendo más y más demandante.

Empezó a sentir ominosa su presencia,



ahora interfería con su trabajo; el latido insistente en su mano no la dejaba concentrar. Decidió devolverla al día siguiente al vivero y reclamarle al muchacho que se la había vendido, sin duda se trataba de algún vegetal semejante, no de una bromelia. Pero, como no podía evitar un sentimiento de responsabilidad, fue en busca de la jarrita con agua para alimentarla.

Con las horas el dolor de la mano había aumentado. Abrió el grifo del agua. Temblaba,

—Debo de tener fiebre —pensó. Porque además sintió un leve vahído—. —Me estoy volviendo hipocondríaca, lo que me faltaba.

Regresó a la biblioteca y se acercó a la planta para regarla. Al inclinar la jarrita con el agua, se le soltó de la mano. Instintivamente trató de asirla para evitar el reguero y se pinchó nuevamente, esta vez en varias partes. Entonces, enfurecida, agarró la matera con violencia para arrojarla al patio, pero al salir de la biblioteca se tropezó con el quicio de la puerta y la planta salió despedida del matero. La tierra se desparramó por el piso.

Las raíces, de un rojo tan intenso como las hojas del centro, quedaron expuestas; de ahí asió a la planta y la arrojó al patio de atrás, a la parte más enmalezada, con la esperanza de no volver a verla. Torpemente, toda temblorosa, recogió como pudo el destrozo. La hinchazón de su mano le impedía el movimiento.

Fue a lavarse y vio en el espejo un rostro tan congestionado que no parecía el suyo. Tomó un antialérgico del botiquín. La dificultad para respirar seguía. Sin fuerzas para nada, dejó la puerta del estudio abierta y se acostó en el sofá tratando de robarle al aire todo el que le faltaba en su pecho. Mientras tanto, en el patio, la planta mostraba su raíz como una mano roja, abierta al sol. ■



EMMA LUCÍA ARDILA
(COLOMBIA)

Magister en filosofía,
escritora y docente.
Publicaciones:
novelas, *Sed y Los
días ajenos*; libro de
cuentos, *Nos queremos
así*; cuentos infantiles, *La
cazadora casada*, *El
gran temblor*, *Luisa
Juegalabras*, *Arañas
en el pelo*; poesía
infantil, *Raserito*, *rastrerito
en el suelo hay un bichito*.